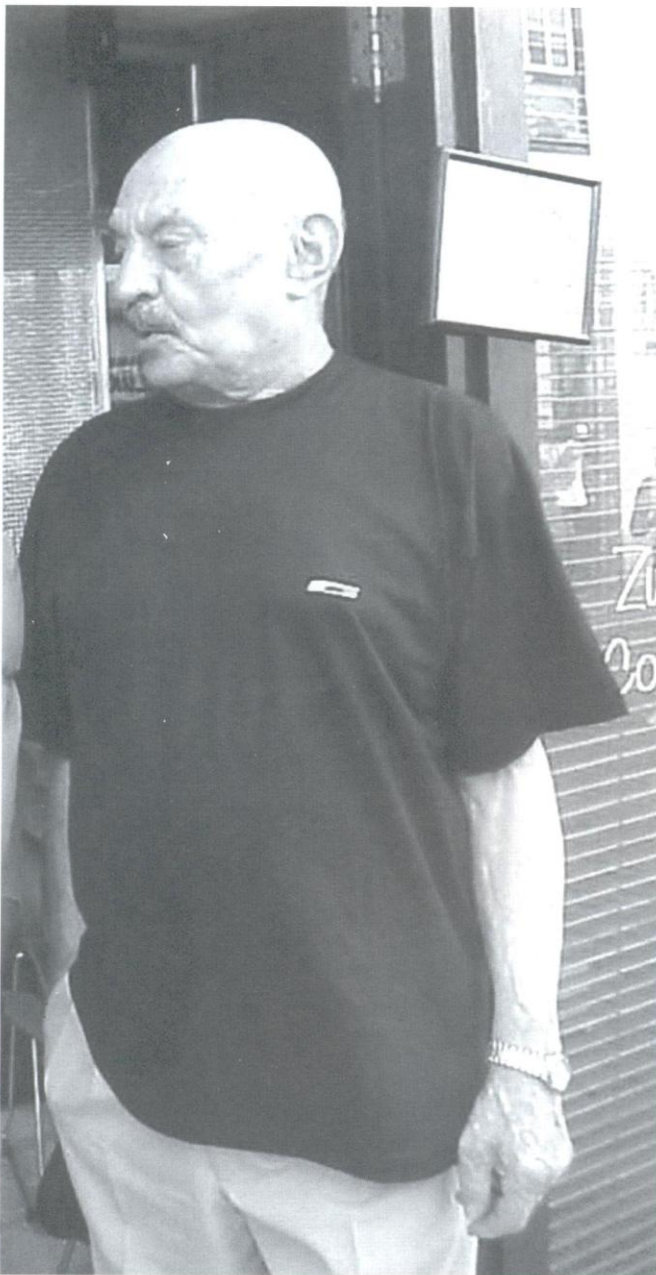


RECUERDO DE HIERRO EN EL ATENEO DE LA LAGUNA

FERNANDO DELGADO



El Teide es siempre un buen testigo del tiempo de los canarios, y compruebo ahora, sin desmentir la nostalgia, que un buen recordador. Mis amigos y yo acudíamos al Teide con todo viajero que estimáramos para disfrutar como anfitriones cada vez que mostrábamos al visitante la grandeza del parque natural de Las Cañadas. Y de esas visitas al Teide recuerdo especialmente la que hice con el poeta Francisco Brines. Era también invierno y había nieve, pero escasa. Nos acompañaba el pintor José Luis Toribio y de aquella visita surgió un hermosísimo poema, muy especial en el conjunto de la obra de Brines, que se titula “Yo quiero ver el pájaro del Teide”: “Debajo de la nieve duermen las violetas/ y dentro del volcán tiene su nido el pájaro del Teide,/ y es negro como el mirlo, tan negro que es azul, y más pequeño,/ y, veloz e invisible, el huésped de la cima,/ y yo sé que su voz es la voz más dichosa de las islas.”

Ese poema, que nos fue dedicado a los dos acompañantes de aquel viaje, tiene momentos muy emotivos para mí, en concreto aquel en el que nos interroga a los que fuimos jóvenes en las islas: “Decidme, aquellos que tuvisteis juventud en las islas,/ ¿cómo pudisteis soportar la pérdida del mundo?/ No tuve yo juventud en las islas,/ y lloro ya la pérdida desde mi infiel desgracia.”

Y fue aquel día del Teide, donde también habíamos estado con Angel González, con José Luis Cano, con José Agustín Goytisolo —amigos hechos allí y para siempre— donde Brines me habló más extensamente de Pepe Hierro y donde Hierro me hablaría después de Brines. Ahora, al recordar el inicio de mi amistad con Hierro y a Hierro en la

isla vuelve el Teide a imponerse en el principio. Después una casa, en Titulcia, en Madrid, en la que los acentos canarios de Luis Feria, de Elsa López, de Juan Cruz o de Toribio se hicieron frecuentes.

Muchas veces crucé con Hierro el viejo puente de Titulcia sobre el Jarama en aquel seiscientos suyo, que era en ocasiones un inexplicable coche de línea en el que cabíamos todos los invitados y otras veces furgoneta cargada de aperos de labranza o materiales de derribo, si se tiene por tales a los objetos que inundaban su casa de la ciudad y encontraban acomodo en su rústica mansión de Los Cohonares, el terreno yermo de ese nombre en el que le gustaba al poeta luchar con la tierra baldía para convertirla en huerto. Porque parte de los sueños de José Hierro transcurrieron en Titulcia, tratando de que el verdor de sus recuerdos de cántabro encontrara espacio en el erial, dándole al erial su aroma de romero o de cantueso y vida a las parras mimadas que traerían uva para la fiesta alucinada de la vendimia; un erial que las ausencias, la enfermedad y, ahora la muerte de su dueño, han convertido en espacio de abandono, lleno de hojas secas, en aquella finca de pobre que bautizó con el expresivo y resignado nombre de Nayagua. Allí creció, porque le fueron saliendo alas con el tiempo, esa casa en la que coincidían hispanistas despistados y profesoras doctas o pizpiretas con poetas y pintores ebrios que le hacían honores a un vino que Hierro se trabajaba y para el que no admitía reparos que hubiera permitido quizá para sus versos. Allí está la casa: “Esta casa no es la que era./ En esta casa había antes/ lagartijas, jarras, erizos,/ pintores, nubes, madre selvas,/ olas plegadas, amapolas,/ humo de hogueras...” Los poetas y estudiosos que allí iban tenían que trabajarse la compañía del poeta siguiéndole por aquellos barrancales en un sube y baja continuo, con sus manos de labriego empeñadas en el golpe de azadón. Solía bromear con la amenaza de que en el bolsillo de sus pantalones de faena guardaba un largo poema inédito y con las bromas sobre si mismo y lo suyo se salvaba y nos salvaba de las curiosidades eruditas del estudioso de turno o del peligro de un poeta pelmazo embelesado en su gloria: “No podíamos ser solemnes,/ pues qué hubieran pensado entonces/ el gato, con su traje verde,/ el galápago, el ratón blanco,/ el girasol agromegálico...”

Hierro otorgaba a la vida y a sus necesidades perentorias y a sus gozos la prioridad de aquel al que la poesía encontraba siempre metido en las faenas del vivir. Al recordarlo hoy, desde la isla y en el Teide, le agradezco muchas enseñanzas, pero entre ellas la de saber vivir siempre como un extraño, siempre de otro lado, con los pies en Madrid, por ejemplo, y el corazón y los sueños en otra geografía. En el Teide, luminoso y mágico como aquel día, y en el sueño de tanta vida en su casa madrileña de Titulcia, esa que hace ya tiempo nos dijo que no era ya la que era, describiéndonos anticipadamente su acabada estampa de hoy: “...Y los ajos, qué pensarán/ el domingo los ajos, qué/ pensarán el barril de orujo,/ el tomillo, el cantueso, cuando/ se miren al espejo y vean/ su cara cubierta de arrugas./ Qué pensarán cuando se sepan/ olvidados de quienes fueron/ la prueba de su juventud,/ el signo de su eternidad,/ el pararrayos de la muerte.”

Recuerdos, Pepe, desde el Teide, al calor de la memoria que lo habita.

Casa del Carmen, 7 de febrero de 2003